
LIBRO TERCERO.

I.

CLEMENCIA Merval.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KEYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Subamos, lector mio, si no te opones, los cinco pisos de una modesta casa de París, y lleguemos al sexto, ó mejor dicho, á las buhardillas, pues no merecian otro nombre las habitaciones situadas á tanta altura, ni por su elevacion, ni por su forma.

Sabido es lo mucho que en París se aprovechan los terrenos: la excesiva aglomeracion de gentes y la precision de sacar de todo el mayor partido posible para atender á las grandes necesidades de la vida, hacen que las habitaciones estén aglomeradas tambien de una manera fabulosa.

Sólo la gran cultura y el extremado aseo de los franceses, y sobre todo, de las francesas, pueden dar un viso de decencia y hasta de elegancia á algunas posiciones tan excesivamente modestas, ó mejor dicho, tan dolorosamente precarias, que llamariamos miseras en nuestra rica, noble y alegre España.

Hay en Francia, y especialmente en París, muchos

más pobres que en nuestra patria, por lo mismo que la cultura ha llegado á rayar tan alto : hay más opulentos, pero también más desgraciados que tienen muy escaso pan que llevar á su boca : hay más fausto, pero también más dolores : más luz y más sombra, en una palabra, porque el recinto es mucho mayor en todos sentidos.

Apénas hubierais podido explicaros cómo se había hecho agradable el pobre cuartito á que os voy á conducir: tanta era su estrechez, y tan mala la disposición en que se hallaba.

Remataba la escalera, angosta ya desde el cuarto tercero, en un descansillo, en el que se veían dos puertas : en la una habitaba un individuo que pertenecía al sexo fuerte, y del cual hablaré despues : en la otra, Clemencia Merval, escritora, cuya reputación empezaba del modo más brillante, y de cuyo talento podía hablar muy bien el comerciante en bellas artes Mr. Picard.

Eran las diez de la mañana cuando la jóven acababa su tocador, en un retretillo situado en su alcoba y á la cabecera de su lecho.

Seguramente que, á haber imperado en aquella época el miriñaque de otros días, hubiera sido imposible á Clemencia el ataviarse allí; pero el traje ceñido que acababa de ponerse, y que era entónces de moda, la dejaba moverse con toda libertad.

Describamos el cuadro ántes de pasar á las figuras. La habitación, si bien toda muy pequeña, constaba de los aposentos precisos para vivir pobre, pero decentemente : despues de un recibo ó antesala, que parecía un pañuelo cuadrado, tal era su pequeñez, se pasaba á una sa-

lita muy baja de techo y cuyo pavimento de ladrillos — sin estera, á pesar de ser invierno — estaba brillante y encerado.

Aquél era el cuarto de Clemencia.

Cubría las paredes y el techo, ocultando sus desigualdades y su barniz de cal, una tela de Persia de algodón, pero de vivos y variados colores. Delante de la ventana había una alfombra, de dos varas en cuadro, de moqueta; dos anchas cortinas, de la misma tela de Persia que el tapiz, cerraban á medias la alcoba, dejando ver otras interiores de muselina blanca y trasparente, con ligeros dibujos y orladas de un sencillo feston.

Sobre los cristales de la ventana que caía al tejado frontero á casa de Julia había colocado la escritora, con su maravilloso instinto de lo bello, cortinas de muselina forradas de guinga rosa.

A la derecha estaba la chimenea, cerrada y fría, pero cubierta por una linda pantalla, bordada por una primorosa mano de mujer.

Un pequeño reloj de zinc y dos candelabros para tres velas cada uno, del mismo metal, lucían sobre la meseta, cubierta de paño encarnado, que sujetaban clavitos dorados, y remataban en un fleco de cordonería bastante ancho.

Delante de la ventana estaba colocada la mesa donde Clemencia trabajaba, que era pequeña y vieja, pero de un extraordinario gusto artístico, pues sus piés remataban en dos garras de león y formaban columnas en espiral.

Aquella mesa, ennegrecida por el uso, pero limpia y

lustrosa, tenía algo de bello y misterioso contemplada con los ojos del alma : sobre ella había un tintero de cristal con zócalo de mármol negro, una salvadera y una cajita de obleas : á los dos lados había muchos legajos de papeles colocados en buen orden.

Delante de la mesa se veía una silla con asiento de cerda negra y grandes brazos, pero de forma anticuada.

A la derecha, un antiguo armario de nogal contenía algunos libros de indisputable mérito, entre ellos las obras de los más ilustres autores franceses : á la izquierda, otro armario igual encerraba libros de estudio y manuscritos terminados ya, ó guardados para corregirlos con esa inspeccion que el autor llama la última mano, y que es el trabajo más molesto que se impone.

A través de las cortinas de la alcoba se veía un lecho pequeño y humilde, de hierro pintado de azul, pero de una limpieza deslumbradora : á la cabecera tenía colgado, por medio de dos lazos de cinta rosa, un hermoso crucifijo, y debajo un bellissimo grabado que representaba á Nuestra Señora de los Dolores, encerrado en un marco de pino pulimentado y brillante.

Al lado del lecho había colocada una mesita de noche; á los piés, un pequeño lavabo con servicio de loza blanca de la más sencilla y común.

Dos sillas de anea completaban el mueblaje del dormitorio, y ante el lecho se veía extendido un pedazo de estera, cuidadosamente orillado en sus cabeceras, y arreglado con el esmero y pulcritud que resaltaban en los más insignificantes accesorios de la habitación.

Dentro de la alcoba, como ya dije ántes, se hallaba

un cuartito que servía de tocador á Clemencia, y en el que había una mesa con un espejo, dos sillas, un gran cofre y una percha para vestidos, cerrada con cortinas de percal blanco como la nieve.

Delante del tocador acababa Clemencia de abrocharse un sencillo traje color de avellana, de merino, ya usado y algo deslucido por el tiempo; pero tan bien conservado, y cortado con tanta gracia, que se olvidaba la fecha remota que sin duda contaban sus servicios.

Un cuellecito blanco y ligeramente bordado, y puños iguales completaban su atavío.

La estatura de Clemencia era regular y esbelta, por cuya razón su talle estaba lleno de gracia y de armonía: su cintura era tan delgada, que se hubiera creído iba á quebrarse, al mismo tiempo que sus hombros ostentaban un gracioso desarrollo, y su cuello la casta elegancia y flexibilidad del cisne, aumentada por el nacimiento de su abundante y sedosa cabellera castaña, que se enroscaba en gruesas trenzas detras de su cabeza.

En cuanto á su rostro, no podía llamarse hermoso, y no podía imaginarse nadie una fisonomía más simpática y llena de atractivos.

Era, sobre todo, el espejo de un alma noble, inteligente y elevada : reían tiernamente sus grandes ojos garzos, tan oscuros, que á cierta luz parecían negros : reía su boca, que era fresca y rosada como una flor de Mayo : comprendíase, al ver á Clemencia, el dolor de aquella eterna despedida que le había dado su esposo en el lecho de muerte, y al ver su belleza tan dulce, tan suave, tan sentimental y tan pura, se comprendía tam-

bien que ella no había olvidado ni podía olvidar á aquel ausente amigo.

Al mismo tiempo que acababa su tocado, cantaba á media voz, como si dentro de su alma hubiera una armonía perenne que subiera hasta sus labios.

Algunas veces se interrumpía sin saberlo, y sus ojos perdían algo de su brillantez y lanzaba un suspiro.

De repente sonó una campanilla, agitada débilmente por una mano trémula.

—Allá voy, papá, dijo Clemencia suspendiendo su canción y clavando apresuradamente en el acerico un alfiler que tenía en la mano.

Y saliendo con rapidez del cuartito de tocador, cruzó la alcoba, el gabinete, y salió al pequeño recibimiento, en el que se veía otra puerta entreabierta.

La jóven empujó suavemente y entró.

Era otra salita de muy reducidas dimensiones, estera y abrigada con minucioso esmero.

La alcoba estaba cerrada á medias con una cortina de damasco de lana : otra igual cubría la puerta de entrada : en la chimenea ardía un fuego lento y alegre, que comunicaba á la estancia un dulce calor : sentado sobre la estera se hallaba el perrillo y un gato blanco y grueso.

Cerca de la chimenea había un enorme sillón relleno de almohadones.

Una antigua papelera, una mesita con libros, algunas sillas y un reclinatorio muy sencillo, pero ante el cual había un hermoso almohadon bordado en tapicería, completaban el ajuar de esta salita.

En la alcoba, y acostado en un lecho de madera de

los llamados *de barco*, se hallaba un anciano de cabellos blancos y escasos, y rostro pálido y dulce. Estaba vestido con una especie de almilla de franela azul oscura, sobre la cual se doblaba el cuello de una camisa de hilo blanco y fino : la ropa de la cama era mejor que la de Clemencia : las sábanas, de rica tela, estaban adornadas de un bonito encaje, lo mismo que las almohadas.

La paz, la felicidad, la alegría de una vida sin mancha y de una vejez tranquila se hallaban escritas en la plácida fisonomía del anciano : era el ocaso de un día sereno y radioso : más era un alma que un cuerpo : era la luz que sube dejando abajo las sombras.

Pendiente de un clavo dorado, á los piés del lecho, se veía un cuadro que contenía el retrato de una mujer de edad avanzada : dos trenzas grises de ese suave color del cabello claro, que no es blanco todavía, guarnecían su bella frente y sus mejillas rosadas aún, y que ostentaban la hermosa redondez de la vejez robusta : bajo sus finas cejas se abrían dos grandes ojos del color de la mar cuando está en calma y bajo una pañoleta de linón blanco, que cubría su garganta, se adivinaba un talle algo obeso, pero derecho y lleno aún de esa gallardía que resiste á la edad, y que sólo hacen desaparecer los grandes dolores del alma.

Aquel retrato era el de la madre de Clemencia : el de la esposa de aquel anciano pálido y débil, pero risueño como el rayo de la luna que ilumina una clara noche de estío : la noche de aquel hombre era tan clara y pura como había sido su día.

— Hija mia, quisiera vestirme, dijo á Clemencia el Sr. Simon, que éste era el nombre del anciano.

— Aun no es hora, papá, respondió la jóven : hace frio.

— ¡Frio aquí, con este fuego! ¡casi tengo calor!

— Aquí precisamente no hace frio, querido papá; pero lo hace fuera, y sentirás la influencia de la atmósfera.

— Bien; me estaré quieto otro poco, querido tirano. ¿Has ido ya á ver cómo está la vecinita?

— Sí por cierto, papá.

— ¿Y cómo sigue?

— Casi lo mismo : desde que se levanta parece más abatida.

— ¡Pobre jóven!

— ¡Oh, sí, es muy desgraciada! repuso Clemencia, á cuyos ojos asomaron algunas lágrimas.

— ¿Y el bribon de su marido?

— No lo ve hace más de un mes.

— Pero ¿dónde está?

— Nadie lo sabe : desde que esa infernal mujer lo ha cogido entre sus redes, se le ve por ahí alguna vez, pero nadie sabe su paradero.

— ¿Y qué miras se llevará la Condesa para apartarle así de sus deberes?

— La de vengarse de la pobre Julia, de quien se va apasionando su primo Rafael, cuando ella le ama con mayor fuerza cada dia.

— Pero ¿no dices que Julia no alimenta esa pasion?

— ¡Si la infeliz no ve siquiera á semejante hombre!

— ¡Pobre, pobre Julia! repitió el anciano con acento de profunda pena.

— Cuando veas el cuadro que ha terminado, querido papá, te vas á quedar asombrado; nada puede darse más grandioso.

— ¿Y qué representa?

— El Egoismo.

— ¿Y cómo ha podido trabajar en él hallándose tan enferma?

— Por eso le ha costado tanto; sin embargo, estoy segura de que ese cuadro hará la fortuna de Julia.

— ¿Se lo pagarán bien?

— Debían pagárselo régiamente, porque ya se lo disputan un lord inglés y un príncipe ruso; pero la pobre tomó dinero adelantado sobre él, y tiene que cederlo al comerciante que tambien especula conmigo.

— ¡Ah, bribon Mr. Picard!

— No le acuses, papá; por él conocimos á Julia.

— Eso es lo único que me hace soportarle aún.

— ¿Y qué harémos?

— ¡No sé! pero me irrita el ver lo poco que te paga tu trabajo,....

— ¡Poco, papá! ¡pues si él es el que nos provee de todo!

— ¡Ya! ¿á esto llamas tú proveer? ¡Pobrecita mia! ¡sin una criada que te sirva! ¡atendiendo tú á todo! No lo siento por mí, que á mi edad todo sobra, sino por tí, ¡tan jóven!..... ¡tan bonita!.....

— ¡Ay, papá, cómo me adulas!

— Pero ¿por qué no te has de casar otra vez? Toda la rabia de Mr. Picard es porque no haces caso de su hijo.

— Jamas me casaré, padre mio, respondió gravemen-

te Clemencia; muerto mi pobre Luis, tú eres mi solo amor en la tierra; pero si algun dia pensára en hacerlo, no sería seguramente con Picard hijo.

—Ya sé que es tonto, presumido, fastidioso; pero ¿sabes cuál sería tu posición? ¿sabes que con tu talento dominarías al padre y al hijo? ¿sabes las onzas españolas que tiene guardadas el viejo?

—Padre mio, respondió Clemencia acariciando la blanca cabeza del anciano: tú sabes mejor que nadie que el dinero no constituye la felicidad: tú y mi madre habeis vivido pobres, con tu sueldo de oficial, pero felices con vuestro amor, durante muchos años: ¿por qué quieres que busque yo la dicha donde no la has querido tú buscar?

—Vamos, picarilla, tú me convences siempre, repuso el anciano Simon, besando en la frente á su hermosa hija; ¿y sabes por qué? porque aunque la cabeza me dice que te aconseje que te cases, el corazón desea tener-te á mi lado, y todas las riquezas de la tierra me parecen pocas para tí. Luis me quería como á un padre..... era bueno y generoso..... pero, si volvieras á casarte, quizá tu nuevo esposo no querría que viviese con vosotros..... quizá le serviría de estorbo, y yo, separado de tí, moriría, Clemencia de mi alma!

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos del anciano al pronunciar estas sentidas palabras: su hija las enjugó cariñosamente y respondió:

—No temas que tal suceda, padre mio: yo no me volveré á casar: me basta con el recuerdo de aquel esposo á quien amaba tanto, con el culto de mi arte, con mi

tranquilidad y mi vida apacible, serena é igual á tu lado: poco tenemos, es verdad: no he alcanzado aún, ni espero alcanzar nunca, esa fama que algunos logran á costa de tan escaso trabajo, porque la gloria no es hoy fruto del talento, sino de la intriga; pero ¿qué importa? llevo la frente erguida como mujer honrada, y mi sueño es tranquilo, y mis dias alegres: la vena de mi inspiración no se agota, y el trabajo es un placer para mí, en tanto que te vea sonreír á mi lado.

—¡Ah, hija mia, qué dichoso soy al oírte!

—Y yo también lo soy al hablarte así, padre mio; pero vamos, vén, que te voy á vestir, porque ya hemos pasado otro ratito hablando.

Clemencia envolvió al anciano en una bata de lana, calentada ántes con el fuego de la chimenea, y le ayudó á salir de la alcoba: entónces pudo verse que el Sr. Simon estaba casi impedido, y que andaba con suma dificultad.

Su hija le instaló en el mismo sillón que estaba colocado al lado de la chimenea, y apenas acababa de sentarse, sonó la campanilla de la puerta.

Clemencia fué á abrir y volvió al instante precediendo á dos personas: la una era Mr. Picard; la otra, un viejecito flaco y anguloso, de pequeña estatura y de semblante astuto, que animaba una mirada penetrante y atrevida.

Clemencia puso dos asientos cerca del fuego y de su padre, y empezó á disponer la mesa para el frugal almuerzo que debían hacer dentro de poco.